

DECIA que estaba toda la calle de Alcalá llena de esqueletos. Uno, enfundado en un gabán, corría detrás de un tranvía dando zancadas absurdas. Otros, desmoronados en los divanes de un café, dejaban pasar las horas. Un esqueleto de hombre transcurrió dialogando con un esqueleto de mujer. Ella parecía enojada y él triste. Dentro de un quiosco estaba otro esqueleto. Llegaban muchos esqueletos, compraban tabaco y marchaban echando humo por todos los huecos de la calavera... Y yo pensaba: ¿Por qué corre aquel armazón de huesos si, al fin..., todo es igual? ¿Qué asunto pequeño, del que ya no se acordará mañana, le hace exponerse a un tropezón? Y este ser encerrado en el quiosco, ¿creerá que vive? ¿Cuántos años hace que está así? ¿Cuántos estará? Es un vendedor de humo. Vende humo y le compran humo. ¿Qué curiosa bagatela! Sin embargo, parece un esqueleto muy serio, y los que se le acercan a comprar son serios también.

Es el año 1924. El mismo en el que muere Lenin e Inglaterra y Estados Unidos reconocen a la recién nacida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. En China se lleva a cabo la reorganización del Kuo-Min-Tang, admitiendo en su seno a los comunistas. Thomas Mann publica «La montaña mágica». El 14 de abril, en Barcelona, Primo de Rivera —en el poder desde 1923— anuncia la organización de la Unión Patriótica, partido que agrupa «hombres de ideas sanas entre los que podrán encontrarse los candidatos para las elecciones generales y a los que el Gobierno prestará un apoyo decidido», es decir, hombres muy serios. En Marruecos las tropas españolas se enfrentan con los rebeldes de Abd el Krim, que el 16 de septiembre inician el asedio del campo atrincherado de Xauen. De nuevo en Barcelona, el 7 de noviembre es descubierto el complot sindicalista de Atarazanas, siendo detenidos doce obreros, entre ellos Juan Montero Arranz y José Llacer Beltrán, condenados a muerte en juicio sumarísimo. Antonio Machado saca a la luz sus «Nuevas canciones»; Alberti, «Marinero en tierra»; Gerardo Diego, «Versos humanos»; Azorín, «Una hora de España». Y la sociedad española, transida de arcaísmo e introspección, se mece en los logros de una neutralidad sedicente y ostenta una total indefensión ante el inopinado zapa-tazo económico que, cinco años más tarde, va a estremecer al mundo y de cuyos efectos, por otra parte, no se va a librar ni el mismo fundador de la Unión Patriótica. La sociedad española se asemeja a una fosilada sombra de trilobites a la busca de una manipulación que permita negar

el siglo XX. Los esqueletos de la calle de Alcalá no son sino expresión de ese estado de cosas ante un ilustrado dislocado de su época y, paradójicamente, soberano dato de la misma: Wenceslao Fernández Flórez.

WENCESLAO Fernández Flórez nació en Galicia, al parecer en 1886 —como Alfonso XIII—, fecha que, como otras cosas y por razones que ahora mismo se verán, cuidó mucho de ocultar durante toda su vida. Como escritor, hizo sus primeros escarceos en la prensa local, pasando más tarde a Madrid, donde habría de llegar a colaborador de «ABC», cronista parlamentario y académico de la Lengua. Este proceso puede ser el de un trepador o el de un profesional consciente, pero en el caso de Fernández Flórez se debió más bien a unas no muy esclarecidas, pero

si peculiares circunstancias. Al parecer era hijo natural, lo que explicaría, por las consecuencias, el substrato amargo y escéptico de su carácter, y desde otro punto de vista, la necesidad plenamente subjetiva de integrarse en la clase superior, para, precisamente desde esa situación, satirizarla. De hecho, Fernández Flórez fue monárquico, pero únicamente, creo yo, como medio de oscurecer (muy poco, apenas nada, se conoce de su vida y sus particulares instancias), por vía de la sublimación del contrario y consecutiva aproximación, su origen, conceptualizado por esa clase a la que se incorporaba de vergonzoso. Efectivamente, no era un conservador, quiero decir un conservador de derechas, en sentido lato. El proceso de integración le había hecho conocer los resortes y enjagues que posibilitan la promoción individual, concienciándole, e n

realidad, de todas las vías por las que la sociedad hacía aguas (y téngase en cuenta que todo trepador es, o puede muy bien ser, un traidor polimorfo). La ambivalencia de esta situación, si se admite una pirueta —y no de las más alambicadas— permite considerarlo como un despota ilustrado, observando con amargura e ironía la cadavérica galería de sus prójimos contemporáneos.

LA producción literaria de Fernández Flórez es varia y dilatada, desde el artículo periodístico hasta la crónica parlamentaria, del sketch narrativo a la novela pensada en profundidad, pudiéndose distinguir en ella dos etapas, delimitadas por la guerra civil. Esta aproximación a su lectura se refiere mayormente a la primera de estas etapas. En el estricto ámbito literario, su obra, aun cuando bien considerada, apa-

EDUARDO CHAMORRO

# EL OTRO ROSTRO DE W. FERNÁNDEZ FLOREZ

# UNA CRITICA VIGENTE

rece oscurecida por la de varios de sus contemporáneos (Camba, entre ellos). No obstante, su consideración sociológica ofrece aspectos de bastante interés y saludable actualidad, por cuanto su crítica costumbrista incidió fundamentalmente en determinados ámbitos, comportamientos y mitologías de la derecha, y en un sentido más amplio, en lo que de retrogradismo traumático ostentaba la sociedad de su tiempo. Y esto es tanto más significativo si se tiene en cuenta el conservadurismo de Fernández Flórez, teñido de un inusitado fair play. «Los políticos están ahora tan terriblemente identificados con sus ideales, que muchas veces creen que el ideal es... ellos mismos, con su estómago, su garganta, su cuello y su camisa de popelín. Si los atropella un auto, piensan que han atropellado a la República; si se opone un comentario hostil a sus procedimientos o a sus manifestaciones, extienden trágicamente un brazo para denunciar ante el país:

«—He aquí un enemigo de la República!»

«Desde ahora aclaro que no veo en toda la extensión de la política española un solo hombre que pueda presumir de que en él está vinculado el nuevo régimen.» («Acotaciones de un oyente», 29 de agosto de 1931.)

Sin embargo, y pese a lo insólito, sus palabras ostentan uno de los rasgos básicos del trepador: la esencial ambigüedad en la expresión. Carácter que, por otra parte, posibilitó el hecho de que Fernández Flórez no dejara fuera del foco de su sardónico humor aquellos perfiles que mejor expresaran la España del apañío, de la malversación, del palmoteo, de la represión sexual, del utilitarismo... Bajo este punto de vista, las novelas de don Wenceslao son, en mi opinión, de una clara actualidad, ya que, por lo mismo que dejó de hacer crítica (iniciando una nueva etapa de su producción), aquello que criticó sigue vigente.

## La represión sexual

Probablemente y en la intimidad, Fernández Flórez fue un feminista frustrado, quiero decir que habiendo comenzado por una situación más o menos simpaticante con el feminismo, el paulatino conocimiento de la general modorra, superficialidad y desidia de sus contemporáneas (así como por uno o varios descabros sentimentales como el que puede ser rastreado en las páginas de su novela autobiográfica «Volvoreta» y en «Las siete columnas») le llevó a una actitud escéptica y amargada con respecto al verdadero valor de las mismas. En sus novelas, la mujer, a la que mantiene alejada de toda

manifestación sexual de carácter dionisiaco, jamás se rebela contra el medio, simplemente lo sufre y, en consecuencia, asume la tarea de soportarlo con zorrería y astucia, con lo que, en última instancia, contribuye a perpetuarlo.

Esto está bastante claro en el fundamentalmente hilarante «Relato inmoral» (1928), una pieza didáctica escasa e injustamente valorada dedicada a mostrar la imposibilidad de llevar a cabo una saludable relación erótico-sentimental en el seno de la sociedad española. «La última vez que una mujer decente, lo que se llama una mujer decente, se abandonó en Madrid a las culpables caricias de un hombre, fue hace diez años (...). En España se escriben novelas eróticas porque el amor es aún una aventura inasequible; al menos, infrecuente. Toda la literatura que con el amor se relaciona tiene en este país el mismo atractivo que caracterizaba a los libros de viaje en los tiempos en que viajar era temerario y apenas conocía cada uno su propia ciudad». La novela narra con detalle los desafortunados jalones erótico-sentimentales

de Anselmo Verona, cuitado donde los halla. «Esta historia no pueden leerla más que los obispos. Creo que sería muy peligroso dejarla en manos del clero rural y, desde luego, mancharía para siempre el alma de cualquier doncella que posase sus ojos en estas páginas. Si me he decidido a escribirla es porque, al fin, ellas hacen, por contragolpe, un innegable elogio de la honestidad española; pero este sentido esotérico sólo podemos penetrarlo los príncipes de la Iglesia, yo y tres o cuatro personas más, si acaso». Anselmo Verona ha residido durante una prolongada temporada en el extranjero. Al reinstalarse en España comienzan los follones. Medio enamorado de una viuda y deseoso de comunicarla sus quehaceres, se interna con ella en un bosque en el que es sorprendido por un guarda forestal al pretender besarla la mano. Anselmo protesta por la represión de una caricia prácticamente angelical, pero la cosa termina a porrazos. La situación se repite en un símón, del que son desalojados los amantes apenas se dejan arrastrar por sus eróticas instancias. Y Anselmo, desconcertado por es-

tas situaciones a las que le lleva su ingenuidad —asimilada en el extranjero—, apenas puede poner en orden sus pensamientos al discutir con sus compañeros masculinos de pensión, tres obsesos (un asiduo de cabarets, un voceador callejero de procacidades y un descuidado del magreo en cines y tranvías) que le acusan de obsesión. El muchacho alquila una habitación de hotel, en la esperanza de una entrevista tranquilizadora con la viuda, pero ambos son estentóreamente expulsados apenas aparece ésta, embozada cual conjurado contra Esquilache. En una posterior conversación del protagonista con un compañero de pensión las cosas se aclaran bastante: «No puedo admitir que lo que me ocurre a mí sea lo habitual en España; sin duda marchó de torpeza en torpeza y ya no sé qué paso dar, y, aunque lo supiese, me detendría el temor a un nuevo fracaso...

«—Su caso de usted es la vulgaridad misma, querido Varona, y sólo el desconocimiento de nuestros hábitos le pueden hacer incurrir en tales tentativas. En España no hay eso que usted busca. Entre el hombre y la mujer se levanta un muro fuerte y alto. Aquí nadie goza del amor, camarada.

«—¿Qué tontería!

«—Olgame usted. Nadie goza del amor más que los casados o los que lo adquieren a tanto el suspiro. En ambos casos hay que contar con el permiso de la autoridad. La autoridad da a la mujer su placet para casarse y su placet para penderse. A unas y a otras las inscribe en dos registros. Ambos pueden registrarse bajo este título genérico "Señoras que tienen licencia para fornicar". Y aun esto, naturalmente, con ciertas sabias restricciones. En cuanto una mujer que no esté incluida en estas listas se permite hacer una plrueta, caen sobre ella los demonios, la ley, el desprecio, el sarcasmo y hasta los tiros de revólver. No importa que la haya impelido el amor más profundo, las circunstancias más excepcionales. Su condena es segura. Entre nosotros es desconocido ese tipo de mujer tan frecuente en otros países, que es amiga y amante a un tiempo, y a la que nadie niega el saludo ni le amarga la vida por saber que en su amor hay algo más que lirismo. Aquí, o se casa usted para siempre, sin que el divorcio pueda venir en auxilio de una posible equivocación, o se arriesga usted a figurar entre el crecidísimo número de compradores de ciertos productos arsenicales».

Al cabo, y gracias a un inopinado viaje a Toledo, la entrevista puede llevarse a efecto en la mismísima casa de Emilia, la viudita sedicente, con lo que ambos ena-



El humorista en su casa de Cecebre, en compañía de su madre y unos familiares. Fernández Flórez captó con un profundo sentido lírico la atmósfera gallega...

## W. FERNANDEZ FLOREZ

morados pueden calmar sus arrebatos de una manera satisfactoria, si bien fugaz. Sin embargo, una punta de cigarrillo abandonada por Anselmo es descubierta por el padre de Emilia y da al traste con la clandestinidad de las relaciones. El padre decide pegar un tiro al amante; un hermano, apuñalarle; el otro, apalearle. La narración se enriquece entonces con un contrapunto colateral, muy típico de la estructura narrativa de Fernández Flórez. «En esta historia vergonzosa sólo hay un monstruo: el propio Anselmo, y, por contraste con él, los demás —hombres y mujeres— aparecen quizá desgraciados, pero dignos. Y, entre todos, el más respetable, el más admisible, el más ajustado a la caballeresca tradición española, que tan sagazmente relaciona el amor con ciertos suspiros, es el intachable Pedro Ordóñez», personaje que corresponde al real arquetipo de la invertida situación sentimental del país. «Su teoría acerca de esta cuestión podría ser suscrita por los más sesudos varones; hasta, en cierto modo, favorecía lisonjeramente a todo el sexo contrario, porque sostenía que era muy difícil que hubiese una mujer mala si se observaban con ella ciertas precauciones, tales como guardarla donde no pudiese ver, oír ni hablar a persona alguna, darle una ducha fría cada dos horas y no permitirle más lecturas que la del Kempis y la "Cocina práctica", de Picadillo». Pues bien, este sujeto, cuarenta y ocho horas antes de la celebración de su matrimonio, consigue, tras una ardua maniobra, la honra de su novia, consumado lo cual: «Me ha hecho conocer usted un inmenso dolor, el de la pérdida de la fe que en usted tenía. De mi amor me he curado ahora mismo. De mi desencanto no creo poder curarme jamás. Adiós. Siga usted su camino, en el que no debemos encontrarnos nunca.

«—Pero, ¿si has sido tú..., si has sido tú! —alienta anonanada la joven.

«El pulcro caballero sonríe amargamente. Nada hay que le repugne tanto como el papel de seductor.

«No fue un seductor. Hizo, apenas, un experimento necesario. Siempre, desde el primer día de su trato, le había oído Ana condenar lo licencioso, loar la honestidad, encarecer el más escrupuloso recato. La boda estaba próxima... Era preciso saber, con una prueba decisiva... Y supo. Supo bastante. ¡Ea! Adiós». Y la novia frustrada pasa así a incorporarse a una demacrada galería de preñadas vergonzantes de cuya descripción se ocupa detalladamente don Wenceslao en las páginas siguientes, hasta regresar al asunto primordial de su relato, las

desventuras de Anselmo Varona, quien, en su huida de la espeluznante familia de Emilia, ha buscado refugio en Iberina, dando con sus huesos en un no menos pintoresco entorno solariego en el que, para comenzar, la dueña ha prohibido a la mucama su noviazgo con un peón albañil: «Entonces yo le dije: "En mi casa no quiero escándalos; ninguna criada mía ha tenido novio jamás. Ese peón no puede traer buenas intenciones; conque, así, lo despachas en seguida; estás en mi servicio desde los quince años y, en cierta manera, soy responsable de tu moralidad". El infame había llegado a asegurar que deseaba casarse con ella». Por si fuera poco, similar resolución se ha tomado con respecto a un pretendiente de una de las hijas, y éste, en venganza, se dedica a someter la mansión a un sistemático paqueo. De manera que Anselmo no deja de permanecer inmerso en alucinantes situaciones, pues hasta se le aparece, en una de sus lógicas noches de insomnio, el alma en pena de una madre natural, seguida por los cinco fantasmillas de sus hijos naturales que voccean: «¿Por qué no te casaste, Perico?». Naturalmente el alma en pena lo está por haber transcurrido varios de su vida terrena en amancebamiento con un sujeto reticente al matrimonio. Como se ve, la secuencia de personajes mediante los cuales se expresa la represión es lo suficientemente dilatada (hay más que margen por no resultar excesivamente prolijo), al igual que las situaciones, que en lo demencial, llegan hasta una movilización de las fuerzas vivas de Iberina para llamar al orden a una turista (una princesa rusa) que se

exhibe en «maillot» en la playa. Finalmente, el relato termina con la huida total de Anselmo ante la presencia de un tío de Emilia, comandante de la Guardia Civil, que le conmina a un duelo de honor. Abandonando el puerto y rumbo a Norteamérica, el protagonista aún alcanza a presenciar una escena significativa: Una partida de arrapiezos, ayudados por un marinero, lapida hasta la muerte a una pareja canina sorprendida en franca dedicación al más fugaz de los placeres. Por más que extensa, no me resisto —como diría el amigo Carandell— a reproducir aquí la postrera reflexión de Anselmo Varona. «España sufre colectivamente los trastornos de una larga y antigua serie de represiones sexuales. La obsesión más constante, profunda y generalizada, es la sexual, y llena hasta tal punto las almas que apenas pueden ocuparse en otra cosa. La violencia en la pasión, el piropro, los celos, la separación de hombres y mujeres, las duras sanciones que suelen imponerse a las faltas amorosas, el arraigo de lo que, más que sentimientos, pudiéramos llamar supersticiones eróticas, entre ellas el culto casi exclusivista de la virginidad... En la mirada que un español fulmina contra la mujer que pasa a su lado hay el hambre sexual de muchas generaciones. Rendimos a los atributos sexuales una devoción que recuerda la de algunos cultos primitivos; así hablamos del arte macho, del talento macho, y confundiendo la función de la masa gris con la de ciertas glándulas, cuando queremos elogiar a un político, a un militar, a un escritor, a cualquiera, en fin, que suscita nuestra admiración o ha ganado nuestra simpatía, pon-

deramos, en una frase rotunda (siempre la misma), el volumen de sus tales glándulas. En los hoteles se exigen certificados matrimoniales para conceder albergue. La clase de puericultura, en la Escuela del Hogar, casi no cuenta con alumnas, porque se desprecia como inmoral esa enseñanza. Muchísimos españoles, cuando quieren decir que han disfrutado las primeras caricias de una mujer emplean esta frase: "La deshonré", de uso tan admitido y frecuente que no es preciso aclararla. ¡Bárbaros! Conozco varias lenguas europeas y en ninguna de ellas se emplea esa brutal sinimia de desfloramiento, admitida y consagrada por preocupaciones herméticamente irreflexivas. Tampoco sé de otra nación donde la gazmoñería tenga organizaciones más numerosas y especializadas, más sinceras y activas, más entusiásticas ni que utilicen tan agudamente acerca del tema erótico. Esto mismo, ¿no es una obsesión? ¿Existe verdaderamente alguien más saturado de sentido sexual que el gazmoño? Nosotros suponemos demoníaco ese instinto, y en ningún otro país del mundo se podría dar el caso espantable de que fuesen comisiones a pedir al Gobierno que de los subsidios a la maternidad quedasen excluidas las mujeres que no estuviesen casadas. Antes que la ciencia médica moderna demostrase la secuencia que existe entre nuestro carácter y nuestra vida sexual, antes que nos hablase de sus transformaciones, del influjo decisivo de su desenvolvimiento, ya Platón había considerado la facultad pensante como una sublimación del instinto sexual. El instinto sexual es el que llena en su mayor parte ese



«El malvado Carabel» y «Huella de luz», dos películas basadas en obras de Fernández Flórez. La obra del escritor gallego fue frecuentemente llevada al cine, sobre todo las novelas de su segunda época.



14 de mayo de 1945. Fernández Flórez lee su discurso de ingreso en la Real Academia Española. En él exponía su teoría sobre el género humorístico.

abismo inexplorado de lo subconsciente, que es la porción más grande de nuestro espíritu, y de la que sería tan absurdo prescindir como no considerar en un buque más que su obra muerta».

#### La misoginia de Fernández Flórez

No obstante, la moderna actitud adoptada por Fernández Flórez —consecuencia, quizá, del estigma que la sociedad proyectaba sobre su nacimiento— con respecto al problema de las relaciones sexuales, no encontraba correlato en su visión de lo específicamente femenino. Las mujeres que recorren sus páginas oscilan mayormente entre la coquetería más cursi y la frivolidad más ramplona. La mujer aparece perfilada como un ser movido a instancias del afán de riquezas o de promoción social, únicamente interesado por minucias y postineros abalorios, cuando no por el ejercicio de un despiadado despotismo. En este sentido creo ilustrativo

un episodio que aparece en las «Visiones de neurastenia». Un caballero doliente de profunda melancolía y depresión recibe de un amigo el consejo de buscarse una novia e irse con ella a pasar una temporada al campo —posibilidad, para que todo sea dicho, que está, en principio, en contradicción con la tesis mantenida en el «Relato inmoral». Este mismo amigo es el que aporta el elemento femenino en cuestión, contratado al efecto por quinientas pesetas mensuales. Iniciada la relación, su desenvolvimiento no se muestra como muy satisfactorio: «La manía más notoria de aquella mujer era matar de risa a la gente. No se contentaba con ser sencillamente graciosa, sino con verse rodeada de cadáveres de personas que aún conservasen las manos sobre el vientre, la boca dilatada, los ojos húmedos y el estómago abierto por los estallidos de la carcajada.

—¿Quieres hacerme un mímito?

»¡Pchs! Tuve que hacerle un mímito».

Los diálogos entre los amantes, francamente vacuos, van recreando una atmósfera aún más melancólica y plena de desidia que la que motivó el remedio. El hastío de lo cotidiano hace su aparición apenas ceñida la esquina de la intimidad. Como en un cuidadoso e insoslayable ritual, la muchacha apoya, para dormirse, su cabeza en el brazo izquierdo del narrador, provocando en éste un agudísimo malestar. «Yo suelo dormir sobre el lado derecho, pero aquella sujeción no me lo permitía. Me incliné, me torcí, intenté desprenderme de aquel brazo cautivo de un deber de galantería; pero sólo conseguí adoptar una molesta posición, algo parecida a la de un zurdo que fuese a arrojar una piedra. Todo mi ser me empujaba hacia el lado derecho; pero el brazo, preso bajo un pequeño bulto de seis quintales, no me lo permitía. Me entretuve algún tiempo cavilando en las grandes ventajas que obtendríamos de poder destornillar nuestros miembros. Cuando ya había llegado muy lejos en esta fantasía, la interrumpí para reconocer, asustado, que la cabeza de Sara pesaba como un monte, como un mundo. (...)

»¡Si la matase!...», pensé.

Por si fuera poco, la compañera exige el mantenimiento de un acelerado ritmo en la entrega de regalos, presentes y demás. Es una mujer que goza tanto del regalo como de la ostentación de su propia ignorancia. El narrador llega a sentirse «más melancólico y disgustado que nunca. Leo frecuentemente el único número de "El Imparcial" y sufro la misma angustia que si fuese perseguido incesantemente por un tábano. ¿Por qué creyó mi amigo que yo podía ser curado por esta mujer? ¿Hay algo más triste, más aburrido, más igual a sí mismo que el amor?».

La radical misoginia de Fernán-

dez Flórez se desmadra ya un tanto y su protagonista únicamente sabe expresar su obsesión por desembarazarse de su compañera: «Acariciaba la idea de desprenderme de Sara, y si no lo hice más pronto fue porque no podía acertar con el procedimiento. ¿Qué se le dice o qué se le hace a una mujer para que nos abandone? ¡Gravísimo problema! Conozco más de cien hombres que no han sabido resolverlo nunca. Yo esperaba una idea y no llegó. Pero un mímito incidental me decidió a hablar con franqueza». La trepa a la que llega el fatigado amante para distanciar a su sedicente compañera no puede ser más típicamente floreziiana, oscilante entre el absurdo y ¿por qué no? la astracanada. Sin desdenar un leve matiz de ironía política: «... Tenemos que separarnos, bien mío.

—¿Por qué?

—Ahí verás... Porque el nuestro es un amor imposible.

—¿Imposible?

—Naturalmente. (...) Cuando advertí lo interesante que era nuestro amor, me dije en saguida: "Este es un amor imposible". (...)

—No he advertido nada que me pudiese chocar. Desearía que me hablastes más claro.

—¡Más claro! ¿Quién logrará expresar con palabras precisas los misterios del corazón? Sin embargo, te diré una cosa, una única cosa que tengo grabada aquí, en el cerebro, con caracteres imborrables. Oyela: ¡en este estado cogitativo es natural que llegue a pensarse algunos momentos en el sufragio corporativo, en el Parlamento económico! Esto es todo, Sara. Vacilé mucho antes de decírtelo, y te ruego que no preguntes más. Sufro mucho.

Y este trauma, expresado en «Visiones de neurastenia» de una manera quizá algo mostrenca, es objeto de un gran cuidado en una novela tan pulida como «Volvoreta», desde mi punto de vista, una obra clave para la comprensión biográfica de Fernández Flórez.

#### Naturalismo, simbolismo y nostalgia en Fernández Flórez

Considerando la obra de Fernández Flórez en su conjunto, «Volvoreta», junto a «La procesión de los días» y «Ha entrado un ladrón», constituye una buena muestra del naturalismo ejercitado por el autor como reacción, como él mismo nos dice, «contra el excesivo artificio novelesco que alejaba de la verdadera vida, cada vez más, las fábulas y los personajes literarios, y la crisis de la fantasía, que aún dura, y que culmina buscando en las biografías amparo contra la pobreza



Fernández Flórez con el director de cine Sáenz de Heredia y el guionista Vicente Escrivá.

La etiqueta Tergal no se vende.



Buscada por su valor como garantía de calidad,



La etiqueta Tergal esta controlada, y sólo se consigue junto a una auténtica prenda Tergal.



## W. FERNANDEZ FLOREZ

**Imaginativa del autor.** (Prólogo a sus *Obras completas*, editadas por Aguilar, S. A.) En «Volvoreta» la narración es sumamente sencilla, girando alrededor de las relaciones entre Sergio—soñador adolescente que prepara oposiciones para oficial de Correos en un pueblecito de Galicia— y Volvoretta, una ardiente muchacha que presta sus servicios en la casa de la madre de Sergio. Descubiertas las relaciones, la muchacha huye a la ciudad, a la que la sigue Sergio, abandonando su casa, para descubrir—tras unos cuantos lances— que el oficio ciudadano elegido por Volvoretta es, en realidad, el más antiguo del mundo. La narración de este descubrimiento admite en cierta medida un paralelo con la correspondiente narrada por Italo Svevo en el relato «Mi ocio» (1). Quizá fuera un asunto similar el que provocará la misoginia de Fernández Flórez, si bien, aquí Volvoretta es siempre un personaje tratado con gran delicadeza y hasta pudiera decirse con comprensión, sobre todo teniendo en cuenta el tratamiento de la mujer en las restantes novelas. Por otro lado, abundan los datos autobiográficos. Sergio vive con su madre (como parece ser que hizo el autor durante toda su vida) y la imagen de su padre, difunto, no aparece en la narración ni siquiera como referencia no circunstancial. Y un detalle significativo: al abandonar Sergio el hogar en pos de Volvoretta, el único trabajo que encuentra en la ciudad es el de redactor de un peregrino diario, *El Avance*, de tendencia radical (y desde luego, muy distinta a la del «ABC», en el que, efectivamente, trabajó don Wenceslao).

La novela está impregnada de un profundo sentimiento nostálgico, idéntico al que transpira «El bosque animado», muy probablemente la mejor obra de toda la producción floreziana. Ambas están escritas sin prisa, con un estilo muy cuidado. La atmósfera gallega aparece en ambas captada con un profundo sentido lírico, en tanto que las anécdotas colaterales, tan típicas, permiten el detenimiento en la expresión de una variedad de tipos gallegos, humildes y entrañables. En «El bosque animado», la fraga de Cembibre, el verdadero protagonista es el umbrío paisaje gallego, animado por los tipos más queridos de Fernández Flórez, cuyas peripecias transcurren como meras excusas para un detenimiento estilístico en homenaje a la tierra natal del autor. Topos, perros, fantasmas, seres tullidos y vejados, amores desgraciados desfilan por la novela más querida de este amargo humorista que en

ella se olvidó de serlo, para entregarse a la creación de una obra estrictamente simbólica y nostálgica: «Y transcurrieron los días y los años. Y vino la muerte, y pasó su esponja por toda la expresión de la fraga y desaparecieron estos seres y las historias de estos seres».

»Pero detrás todo retoñaba y revivía, y se erguían otros árboles y se encorvaban otros hombres, y en las cuevas bullían camadas recientes y la trama del tapiz no se aflojó nunca.

»Y allí están con sus luchas y sus amores, con sus tristezas y sus alegrías, que cada cual cree inéditas y como creadas para él, pero que son siempre las mismas, porque la vida nació de un solo grito del Señor, y cada vez que se repite no es una nueva voz la que la ordena, sino el eco que va y vuelve desde el infinito al infinito». (Último de «El bosque animado».)

### Humorismo y sátira social

Salvo escasas excepciones—que la mayoría de las veces corresponden a las obras posteriores a 1939—, el humor de don Wenceslao surge como expresión de un conflicto entre lo que de ilustrado ostentaba y el comportamiento humano y social que observaba. Al percibir un complejo de ideas a su juicio equivocadas, Fernández Flórez asumía una actitud burlesca como plataforma para proyectar desde ella su sátira mordaz. «Es esta una posición desde la que no pretendemos matar al adversario, sino, en todo caso, hacer que se suicide» (2). Así los escritos del que de tal suerte atisba los asuntos humanos se ven aguzados por la chispa graciosa que «pone en su punta un beleño que hace sus heridas mortales cuando se trata de lastimar. Ni el insulto, ni la súplica, ni la execración ni los suspiros tienen una fuerza semejante».

Por otra parte, para don Wenceslao el humor es tema de gran seriedad en su planteamiento y que requiere de una especial experiencia y madurez. Madurez que «se relaciona no sólo con los escritores que lo producen (el humor), sino con los pueblos y la literatura de esos pueblos. Es decir, que un pueblo joven o una literatura joven no dan frutos de humor. El humor aparece cuando las naciones ya han vivido mucho y cuando en su literatura hay muchos dramas, mucha tragedia y mucho lirismo; cuando el descontento ya se exteriorizó con genialidad en cólera y en lágrimas,

(2) Las citas que aparecen en este epígrafe corresponden al discurso «El humor en la literatura española», leído por Fernández Flórez en su recepción en la Real Academia Española el 14 de mayo de 1945.



Caricaturas de Tovar, Fresno y dibujo de Benedito. El humor de Fernández Flórez surge como expresión de un conflicto entre lo que de ilustrado ostentaba y el comportamiento humano y social que observaba. El escritor asumió muchas veces una actitud burlesca para proyectar desde ella su sátira mordaz.

en sátiras y en reproches (...). Cuando el humor se debilita o desaparece pasa una sombra sobre la vida de los pueblos, porque es él quien la interpreta y la corrige con más afable simpatía». (Y aquí se trasluce, singularmente en la última frase, el aristocratismo conservador que si no medulaba, sí daba un cierto toque de despotismo ilustrado a la española—al estilo de Andrés Bello, por ejemplo, y salvadas las distancias— a la obra de Fernández Flórez). Con respecto al tratamiento de los temas humorísticos, el autor que nos ocupa acudía nada menos que a una cita de la *Estética*, de Hegel: «El hu-

mor no se propone dejar a un asunto desenvolverse de sí propio conforme a su naturaleza esencial, organizarse, tomar así la forma artística que le conviene. Como, por el contrario, es el artista mismo quien se introduce en su asunto, su tarea consiste principalmente en rechazar todo lo que tiende a obtener o que ya parece poseer un valor objetivo y una forma fija en el mundo exterior, en eclipsarlo y en borrarlo por la potencia de sus ideas personales, por relámpagos de imaginación e invenciones extrañas y chocantes».

Para examinar hasta qué punto fueron puestas en práctica tales teorías en torno al humorismo, merecen especial consideración dos novelas: «El hombre que compró un automóvil» y «Las siete columnas».

En la primera, el tema básico lo constituyen las desventuras de un sujeto que, habiéndose visto desamparado y perdido en el seno de una riada de automóviles, decide adquirir el vehículo característico de la nueva civilización. A partir de aquí se desarrollan una serie de sátiras centradas fundamentalmente en el «snobismo» que representaba la posesión de un auto y en las incomodidades de la vida en la urbe, mayormente por la sinvergüenzonería puesta en práctica por las compañías inmobiliarias. La delgadez de los muros de la casa en que habita el protagonista es causa de que su novia le abandone, pues se le antojan manifestaciones de brujería la serie de ruidos que produce la vecindad. También para superar este bache sentimental es por lo que el narrador decide la compra del coche, convirtiéndose de inmediato en presa para los ávidos agentes de la compraventa. «Tenemos bien montado nuestro servicio de espionaje. Camareros, guardias, criados, médicos, militares, paseantes en apariencia ociosos que se mezclan entre los grupos... En el hall de los hoteles, en el foyer de los teatros, en todos los sitios donde se reúne cierta clase de público hemos instalado micrófonos... Pagamos un tanto por cada delación. Usted viene a las oficinas de la Timplata a decir: «Me consta que don Fulano de Tal tiene intención de adquirir un automóvil». Y le damos un duro. Inmediatamente, uno de los agentes de retén sale proyectado en busca del posible comprador. Es preciso afinar. La competencia es dura y el mercado está próximo a la saturación. Todas las personas que pueden sostener un coche tienen dos, y el cincuenta por ciento de las que no pueden adquirir ninguno tienen uno. Ahora nos disputamos el otro cincuenta por ciento. ¿Me permite recomendarle a usted el cupé Timplata? Es el tipo que más le conviene para su edad, su tem-

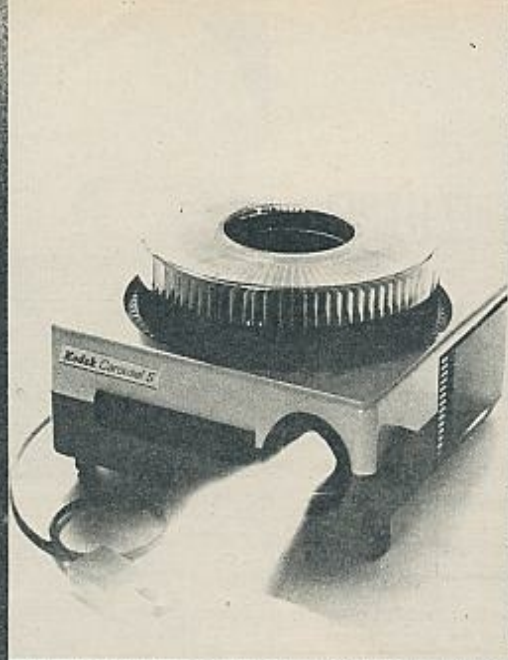
(1) Italo Svevo, «Corto viaje sentimental». Alianza Editorial, 1970. El Libro de Bolsillo, número 259.

Sí, Una sesión de CAROUSEL-S puede atraer mucho público.

Aunque sea en "circuito cerrado". No piense que solo le gusta a Vd. que lo maneja. También a los pequeños, o a sus amigos le agrada ver sus diaposivas nítidas, brillantes, a todo color.

También ellos saben que será entretenido. Juntos querrán recordar aquel viaje, o el último día de caza, o quizá a esos familiares que Vd. acaba de visitar...

El hecho es que CAROUSEL-S está perfectamente equipado para hacerles pasar a todos una buena sesión. Vd. tendrá en sus manos, todos los mandos, y él obedecerá



dócilmente, automáticamente, todas sus órdenes: cambio de diapositivas, control de enfoque, avance o retroceso... Su bandeja giratoria, con capacidad para 80 diapositivas, se deslizará silenciosamente, con la seguridad de un mecanismo perfecto. Su poderosa luminosidad y su objetivo Procolar harán de cada diapositiva un espectáculo. CAROUSEL-S está acostumbrado a actuar entre las admiraciones del público. Y con aplauso final. No se extrañe.

**Kodak**



**NO HAY LOCALIDADES**

peramento y sus ocupaciones.

En busca de solidaridad para sus afanes, el futuro automovilista acude a un club de aficionados al motor en el que éstos le narran las hazañas cometidas con sus autos. Reproduzco una de las más singulares: «Cerró un grupo escolar que había cerca de su casa, señor mío. Lo cerró él solo, con un seis caballos que no valía ni quinientas pesetas. Un trabajo abrumador, coronado con éxito en cinco semanas. Un verdadero record. Había días en que aplastaba cuatro chiquillos. Golpes soberbios. (...) Más de una vez le he dicho: "¿Cómo se las ha podido arreglar usted, amigo Revilla?" Y él se ha limitado a responderme: "La necesidad obra milagros. Para mis terribles neuralgias los chillidos de aquellas criaturas eran puñaladas en el cerebro; o morir o barrerlas... cualquiera hubiese hecho otro tanto"».

El asedio del agente de compraventa es ya tal que el protagonista decide invitarle a vivir con él, entre otras razones para que aporte siquiera calor humano a la casa en que habita. Este «láp-sus» calefactorio proporciona otro lance humorista. El narrador decide protestar ante el portero de la finca, y tras mucho insistir consigue de éste permiso para revisar las calderas de calefacción: «Sentados alrededor de la apagada caldera, seis chiquillos soplan rítmicamente por los extremos de seis anchos tubos de goma.

—Mis hijos —presentó el portero con melancolía, extendiendo hacia ellos la punta de los dedos, que, en un movimiento trabajoso, acertaron a asomar por la bocamanga (...)— echan el aliento por esos tubos... Siempre callenta algo... Naturalmente, al piso de usted ya no llega...

—Sólo cuatro días en la semana última... —balbucí.

—Sí; los días que tuvieron gripe los tres pequeños. En las épocas de gripe la casa está siempre un poco más caliente. (...) El casero les da dos reales diarios a cada uno».

La cosa no para ahí. Una finca de la vecindad, en construcción, comienza a desplomarse y hundirse en sus cimientos. «El edificio no se derrumbó totalmente. Cayeron los techos, las escaleras, los pisos; pero quedaron los muros en pie. La casa vino o ser algo así como una cáscara vacía, un alto cubo amenazadoramente inclinado hacia atrás, como si hubiese sentido la necesidad de contemplar el cielo con sus ventanas. Desorbitados los ojos, vi gatear una docena de obreros por la pendiente que formaba el tejado, y, como si se tratase del juego de unos niños en el balancín, cuando el peso de aquellos hombres gravitó

sobre la parte más elevada de la azotea, toda la casa basculó hacia la calle, aproximándose notablemente al balcón donde me encontraba». Ante la gravedad del suceso, hace acto de presencia hasta el gobernador civil. «Les dijo que consideraba su situación con gran tristeza, y que nadie podía comprenderla mejor que él, porque desde chico había padecido de vértigo. Les exhortó a guardar orden, porque sin orden no es posible la vida social ni aun sobre un tejado ruinoso, y agregó que lo toleraría todo menos cualquier intento de quebrantar aquel orden tan indispensable. Añadió que ninguna ambición personal le ligaba a su cargo; se extendió en detalladas noticias acerca de esta repulsión que parecía sentir hacia todo lo que fuese ejercicio de la autoridad, y aun salió al paso de los que, según él, opinaban que debía haberse concedido una cartera en vez del Gobierno Civil, porque, aun reconociendo que se hubiese cometido una injusticia con sus méritos, a la patria se la puede servir bien desde cualquier lugar. El en aquel balcón y los obreros en el tejado vacilante podían servir a la patria». El relato finaliza con la adquisición de un segunda mano, con el que el protagonista contribuye a neurotizarse de un modo absoluto. Por lo menos hasta que se lo roban.

En esta narración el estilo está poco cuidado, dándose cita una mordaz ironía y una «deformación de intención puramente cómica». La crítica costumbrista que en ella existe sirve como preludio a una de las obras más escépticas de Fernández Flórez, «Las siete columnas», en la que la filosofía de Schopenhauer proporciona a la narración unos acentos francamente corrosivos.

El relato se inicia con las reflexiones de Acracio, un anacoreta retirado del mundo para meditar sobre las desdichas humanas. Es tal la bondad del alma de este sujeto que el mismo diablo, frustrado en el ánimo de tentarle, halla consuelo en explicarle sus culpas. A continuación, a lo largo de los siete capítulos que integran la primera parte, aparece una galería de personajes y situaciones por medio de los cuales surge la tesis de la obra. El mundo, tal cual es, se mantiene en virtud del imperio y ejercicio de los siete pecados capitales. Ellos son los que informan la sociedad, los que posibilitan el auge de sus instituciones, los que lubrican su dinámica. La situación se muestra tan teñida de maldad que el mismo diablo ya no tiene en qué entretenerse, según le cuenta a Acracio, explicándole un viaje por la Humanidad. «El segundo mes fui obre-

ro sin trabajo en España, y me acogí a la protección de las Damas Devotas, que me daban un real diario y unos borcegues de cuero al ingresar en el redil pladoso. Quería templarme en el fuego de la fe. Un día intenté provocar la explosión virtuosa en la que, al afirmar la existencia de Él, afirmasen la mía. Hablaba a solas con la presidenta y fingí un cínico ateísmo. "Nosotras —me contestó— respetamos las conciencias ajenas; únicamente le ruego que en las elecciones reserve su voto para nuestro candidato". En esta cita tenemos uno de los pocos momentos en los que Fernández Flórez afronta de una manera directa la problemática social española, sobre la que insiste más adelante, en torno a una cuestión salarial: «No olvidaré jamás la lucha que sostuvimos con ustedes para obligarles a otorgar ese bien. La tarde en que rodeamos este mismo edificio, donde los patronos celebraban consejo, hacía un mes que habíamos declarado la huelga. Nuestros fondos se agotaban, y el hambre y la desesperación eran huéspedes de nuestras chozas (...). ¿Recuerda usted, señor Granmont, la expresión de nuestros rostros cuando se asomó a esa ventana a recomendarnos sosiego? (...) Eramos miles de hombres exasperados, y nuestro furor habría hecho un montón de cenizas de todo el pueblo si se le provocase (...), aquella tarde firmaron ustedes la aceptación de nuestras proposiciones. Después se jactaron de ser los amos más bondadosos y considerados, ofrecieron el sanatorio, el montepío y el retiro como modelos de un régimen humanitario y de la más cordial relación entre el trabajo y el capital. Pero nosotros sabemos (y también ustedes) que fue un triunfo que obtuvo la ira, y que si no se frunciesen tantas cejas y no se crispasen tantos puños bajo estos balcones nada se habría conseguido».

Acracio no se muestra muy dado a servir de compañía a Satán, por lo que éste, ante el desdén del anacoreta, le ofrece servirle en lo que pueda a cambio de su audiencia. «Haz que desaparezcan entre los hombres los siete pecados capitales (...). Deja que la Humanidad se rehaga en una vida nueva y bondadosa (...).

—No, yo no puedo otorgar la virtud.

—Pero puedes suprimir el pecado.

—(...) ¿Es eso lo que deseas?

—Sí.

—Lucifer clavó su mirada irónica en el ermitaño y permaneció así un momento, como si reflexionase en la atrevida demanda del siervo de Dios.

«—Nunca se me había ocurrido... —murmuró, al fin—. Voy a complacerte».

Y el desastre universal se desata. Las economías se hunden, las instituciones naufragan por mor de la desidia y desinterés de los que antes obtenían tajada de las mismas, las relaciones humanas se difuminan, lo apacible y edénico acaba por sofocar las energías humanas y la sociedad se resquebraja en todas sus dimensiones. Todo el cínico pesimismo de Fernández Flórez aparece en esta novela desesperanzada, en la que el género humano es dibujado como sujeto de muy escasa confianza. Resta, no obstante, como un cierto hábito de confianza en que las cosas pudieran ser de otra manera, al igual que los hombres: «Serán esta Humanidad y esta civilización las que en el mal se fundamenten. Quizá se hayan nutrido de él todos los hombres y todas las civilizaciones que hasta hoy pudieron contarse sobre la Tierra, con la crueldad por todo freno, con la codicia por guía, con la soberbia por consejera, con la envidia por acicate, mancillando el amor, adulando al fuerte, glorificando a Caín, humillándose a Creso... Pero es joven aún la Humanidad; su infancia no ha terminado todavía (...). Debe existir esa civilización venturosa, aún muy lejana, junto a la cual será estremecedora barba-rie la que hoy ha fracasado. Y si no existiese nunca, si siempre hubiésemos de ser así, aún habría que continuar esperando su advenimiento como el único medio de alejar la desesperación de los que comprenden y sufren la maldad y el error, la injusticia y las concupiscencias humanas (...). Todo lo que les ha sucedido a los hombres fue antes un desecho de los hombres». De nuevo, el idealismo aristocrático de Fernández Flórez.

La novela termina con la apocalíptica descripción de una hueste humana, que exige la reconversión de las cosas a su primitivo estado. El pensador de utopías, pese a todo, admite su derrota, dando a su expresión los ecos de un extraño humanismo: «¡Satanás! ¡Satanás!... ¡Vuélvenos al pecado!... ¡Satanás!...

«Los últimos grupos pasaban entonces ante la vivienda de Acracio. Erguido en el umbral, el santo varón presenciaba el inacabable desfile de las criaturas infortunadas, y la piedad y la tristeza anegaban su dulce corazón.

»De pronto, con una decisión conmovida, incorporóse a los rezagados y salió con ellos de la ciudad». El nombre del anacoreta no creo que necesite de mayor explicación. ■ E. CH.